

# Rastros y Rostros del Nuevo Horizonte



*Yenny Isabel Sánchez Montesdeoca*



*“Es mejor ser la flor que huele  
en vez de ser el cronista del aroma”.*

**H**ay en el Distrito Capital, un colegio que guarda en sus entrañas un preciso acervo de hechos educativos, tradiciones pedagógicas, anécdotas, recuerdos, leyendas, amores, desamores, nostalgias, historias, experiencias y buenos momentos. Es el Centro Educativo Nuevo Horizonte, enclavado en el lomo empinado de la cordillera Oriental, emergiendo de entre el corazón de la Cumbre de los Andes. Allí levanta presuntuoso la llama de la esperanza, con la obstinación de unas maestras, maestros y directivos docentes, que en el atardecer del penúltimo decenio del siglo XX, con la complacencia y coraje de los padres de familia, con el brío de los niños y niñas y con la mirada amable de los pobladores de los Cerros Nororientales de la ciudad, ven salir a la luz del sol los rastros y los rostros de lo que hoy es su fisonomía.

## **El colegio y su parentesco con la escuela**

El colegio Nuevo Horizonte es hijo fidedigno de la escuela que llevaba el mismo nombre. Cuentan los pobladores del sector, que los terrenos de la Escuela, del Jardín Infantil, del Centro de Salud y los lotes de la mayoría de las viviendas donde han crecido los alumnos de los centros educativos en mención, fueron producto de la recuperación de tierras, de la organización comunitaria y de la búsqueda de mejores condiciones de vida de un sector social de la población proveniente del campo y de la misma ciudad, acosados por la violencia. En palabras de Jesús Martín Barbero, *“se trata del indicio de la aparición de una trama cultural urbana heterogénea, formada por una enorme diversidad de estilos de vivir, de modos de habitar, de estructuras de sentir y del narrar, pero muy fuerte y densamente comunicada”.*

La escuela “se abrió” en el año de 1985. Su construcción contó con los aportes del Club Rotatorio Niza, con los cuales se comenzó la edificación y también con la invaluable participación de los padres de familia, quienes tributaron ladrillos, cemento, arena, mano de obra, palas, palustres, carretillas, materiales y experiencias de trabajo comunitario. Pero el sueño de los vecinos no se quedó en conseguir educación primaria para sus hijos, y fue así como se

hizo la apertura del grado sexto y séptimo en la jornada de la tarde en los salones de la escuela.

La autora de esta crónica fue una de las tres maestras fundadoras del bachillerato. El origen del nombramiento, parte de una solicitud de trabajo radicada en la Secretaría de Educación, resguardada en la agenda del Jefe de Secundaria, quien en la brevedad del tiempo profirió el acto administrativo, nombrándola como docente en el colegio Cristóbal Colón de la localidad de Usaqué. El rector de ese entonces, al notificarse de la designación aclara: *“el lugar de trabajo no es aquí, es arriba en la loma”*. Expectante de conocer el paradigmático lugar, arribó un sábado, hallando allí a Brígida Espejo y Marlene García, futuras compañeras de labor.

La jornada escolar comenzaba antes del meridiano, en la carrera 7°. Allí descendían para enfrentar la pesada cuesta, pues el servicio de buses urbanos era inexistente, porque las mismas condiciones topográficas y la falta de vías pavimentadas, desincentivaban a los transportadores. Por ello, subir la cuesta esquivando el ataque de caninos errabundos, las caídas en cámara lenta sobre el lodo, el cruce intempestivo de ratas, los fuertes rayos de la rutilante estrella solar, los torrentosos aguaceros y las incomodidades de una comarca en proceso de construcción, para llegar a enseñarle unos saberes a los hijos de Horizonte y para aprender de ellos, fue y sigue siendo el desafío, aunque hoy se hayan superado escollos y situaciones inverosímiles.

El ritual de la escolarización continuaba a las 12:15, momento en el cual los pupilos de 6° y los de 7° ingresaban a los salones, sin formación previa, sin mayores exigencias de uniforme y exentos de tener impedido el acceso, porque la escuela literalmente era de puertas abiertas a la comunidad. Tanto así, que los muchachos de las pandillas atalayaban por las ventanas las ocurrencias de las clases y en ocasiones ingresaban a los salones con cualquier disculpa, como queriendo insinuar su presencia en uno de los pocos pupitres expandidos en el salón, para disfrutar los sabores que destila el fruto de la sabiduría cultivado en la escuela.

Las aulas estaban cimentadas en ladrillo y pañete, sobre un piso de cemento y cubiertas con teja de eternit. Los tableros también de forma rectangular, hechos en cemento y barnizados de verde, estaban adheridos a las paredes. Ahí, con la ayuda de la tiza se plasmaban fórmulas, teorías, reglas ortográficas, caligrafías, dibujos, frases, párrafos, números, tareas y en ocasiones, mensajes

amorosos provenientes de la mente y el corazón de los educandos; porque en el aula, la razón y la emoción se entrelazan de manera inseparable, lo mismo que el saber escolar y el sentido común. Todo un exquisito menú, adobado por las 3 maestras, enseñantes de todas las áreas y hasta responsables de la cooperativa escolar. El recreo tenía lugar en la cancha comunal, pues las instalaciones de la escuela nunca han contado con un sitio exclusivo para tal evento. El juego con el balón era común denominador tanto para los estudiantes como para las profesoras. Mediante el móvil esferado se urdían relaciones afectivas, de comunicación y de saberes, complementarios del ritual de la escolarización.

El tiempo transcurre, la comunidad avanza pujante en su organización y el establecimiento se ensancha con más profesores y estudiantes. Inmersos en esta dinámica, se inscribe la llegada de los docentes: Yolanda Valencia, Luz Mery Quintero y William Vergara, ubicados por la Secretaría de Educación Distrital. Mientras eso ocurre, la comunidad, vigorosa en iniciativas y solidaria en su causa, efectúa bazares para ampliar la planta física, llegando a construir el segundo piso de la escuela, base sobre la cual se instituyó un nuevo grado y se formó la sala de profesores, dotada con escritorios conseguidos por la gestión de la entonces coordinadora Flor Amilda Jerez. En términos cronológicos, estamos hablando del año 1998.

## **“Próximamente: Colegio Nuevo Horizonte”**

Una mañana, cuya fecha aún es imprecisa en la memoria, aparece en los predios que hoy soportan el peso físico del colegio, la leyenda: “Próximamente: Colegio Nuevo Horizonte”. Sin lugar a dudas, esa fue la primera piedra que la comunidad colocó en lo que podría denominarse la segunda etapa del centro educativo en mención. La tierra prometida para la formación integral de los hijos de las familias de los Cerros Nororientales, fue cercada por un centenar de árboles como símbolo de pertenencia y como señal de esperanza, porque los árboles no atan sino que ofrecen. Luego de ponerle señales de vida vegetal al minifundio urbano, la comunidad coloca unas casetas y posteriormente edifica la estructura que hoy vemos al costado Norte del patio de recreo, colindante con la Casa Cultural, lugar emblemático para la comunidad, por sus antecedentes. Con base en estos avances, los grados faltantes del bachillerato se hacen realidad en Nuevo Horizonte.

En este proceso de consolidación del centro educativo, se resalta la acción mancomunada de los maestros con los padres de familia y con los estudiantes. Destinar tiempo extraescolar a la apertura de zanjas, a mezclar el cemento, a colocar ladrillos, a poner puntos y en general a construir, fue un estupendo ejemplo de interacción del magisterio con la comunidad a través de la práctica. Compartir los diluvios con los estudiantes en los salones y permitirles a ellos el desplazamiento a sus residencias para atender la inundación de sus viviendas, al igual que confiar en su responsabilidad al ir a casa a consumir sus “medias nuevas”, fueron actos educativos relevantes en la infancia del Nuevo Horizonte.

También es meritorio resaltar la tolerancia, el esfuerzo y la valentía del colectivo de docentes, la Asociación de Padres y las Organizaciones Comunitarias, en cuanto a la celeridad, diligencia y cooperación en la resolución de los inconvenientes; sobre todo en cuanto a las clases se refiere. En este aspecto, el CED Frederick Nauman y la Salle, no ahorraron esfuerzos en tender las manos amigas para poder continuar en la consecución del deseo. Los salones comunales también son testigos fehacientes de las prácticas pedagógicas de aquellos maestros y maestras que han aceptado el reto, porque ha habido colegas que se han mostrado inferiores, al rechazar el nombramiento para la institución.

Ahora, hay que saltar por encima de los años para referir la contemporaneidad del colegio. Las letras escritas por algún residente en los predios recuperados para el colegio, ya en 1999 estaban transformadas en ladrillos, aulas de clase, baños, biblioteca, laboratorios, patio de recreo, oficinas, muros, puertas y ventanas. Eso no es complicado examinarlo en los actuales momentos. La lectura de esas iconografías precede a la lectura del presente, un presente que no puede ocultar que a nombre del progreso arquitectónico, sepultó bajo la áspera piel de cemento, el pasto y la vegetación que le daban colorido al predio. Y aunque la vegetación cedió ante la imponentia del hombre, los residuos sólidos, los desechos industriales y basuras en general, que invadían el entorno del colegio, se resistieron; generándose de ahí la dinamización de proyectos como: *Gestión para el Reciclaje de Residuos Sólidos, Microcentros, Lectura y Escritura, Resolución de Conflictos*, -entre otros- en los entonces Centros Educativos Distritales Nuevo Horizonte, Buenavista y Rural Horizonte.